



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II



30 de junio de 1888



Núm. 35



LA CULEBRA Y EL GATO

SEVILLA

La hermosa Sevilla fué conquistada por Fernando III *el Santo* en 1248. Y como nos hemos puesto á hablar de la hermosa ciudad honra de la Andalucía, será necesario explicar á mis camaradas uno de los hechos históricos de esta provincia, tan valiente como bonita. Entre mil rasgos de valor que podríamos elegir, escojamos la toma de dicha ciudad por el monarca nombrado anteriormente. Destronado por los moros Aboud-Said, rey de Granada, y viendo que su existencia estaba amenazada, concibió la idea de dirigirse á D. Fernando y pedirle protección. D. Fernando III, que tenía un corazón sumamente bondadoso, acogió cariñosamente á Aboud-Said y se comprometió á reponerle en el trono. Agradecido el rey moro, y sabiendo cómo pagar á su protector el interés que por él se había tomado, le ofreció ayudarle en sus ulteriores empresas con la mitad de sus riquezas y con todas sus tropas. Esto facilitó á Fernando III su idea de conquistar á Sevilla, que hacía tiempo tenía pensada y que no había emprendido ya por falta de tropas, pues la ciudad se hallaba bien fortificada y defendida por una escuadra de emperador de Marruecos. Por fin, decidió Fernando llevarla á cabo auxiliado por Aboud-Said. Ardua era la empresa. Parecía imposible que pudiera tomarse la fortificada ciudad á un ser por un monarca como Fernando III, que llevaba ya conquistadas multitud de ciudades que los musulmanes tenían en España, entre ellas Córdoba, que, aunque no tan difícil de conquistar como Sevilla, ofrecía grandes dificultades que el ilustre monarca supo vencer. El estandarte de Cristo y el de Mahoma se presentaron, al fin, delante de los muros de la ciudad. La sorpresa de los moros fué grande. ¡El estandarte cristiano y las lunas africanas juntas! Los moros llegaron á asustarse. Fernando llevaba quinientos jinetes escogidos, y con la ayuda de Aboud-Said y con el valor del monarca cristiano era muy probable que Sevilla tuviera que rendirse. Los moros estaban acobardados. La conquista de Córdoba les había arrebatado mucho. D. Ramón Bonifaz fué nombrado almirante ó jefe de la fuerza de mar por Fernando III, y por mandato de éste ocupó con una escuadra el Guadalquivir. D. Fernando sitió la ciudad y esperó reducirla por hambre. La resistencia fué tenaz, hasta que después de quince meses de asedio determinaron darse á partido, firmándose la capitulación á 23 de noviembre de 1248. Fernando III ofreció también á los vencidos que aparejaría por



Un nido en un buzón

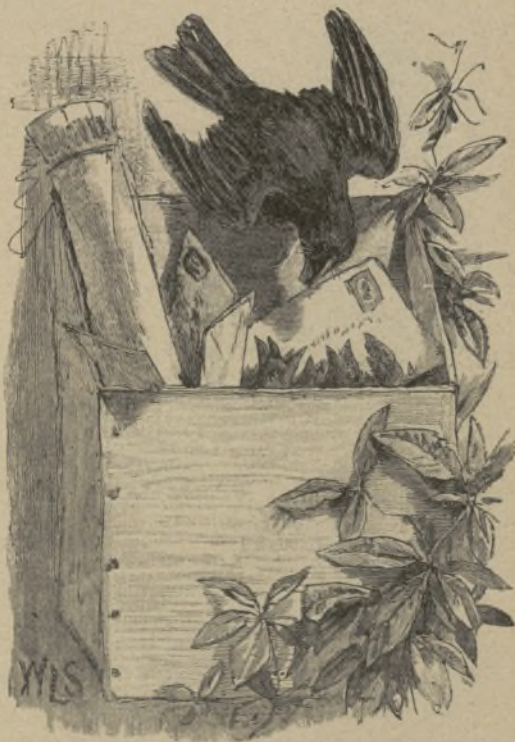
dad. La sorpresa de los moros fué grande. ¡El estandarte cristiano y las lunas africanas juntas! Los moros llegaron á asustarse. Fernando llevaba quinientos jinetes escogidos, y con la ayuda de Aboud-Said y con el valor del monarca cristiano era muy probable que Sevilla tuviera que rendirse. Los moros estaban acobardados. La conquista de Córdoba les había arrebatado mucho. D. Ramón Bonifaz fué nombrado almirante ó jefe de la fuerza de mar por Fernando III, y por mandato de éste ocupó con una escuadra el Guadalquivir. D. Fernando sitió la ciudad y esperó reducirla por hambre. La resistencia fué tenaz, hasta que después de quince meses de asedio determinaron darse á partido, firmándose la capitulación á 23 de noviembre de 1248. Fernando III ofreció también á los vencidos que aparejaría por

su cuenta barcos para trasladarlos á los puntos donde quisiesen, prometiendo también á Abul-Hasán dejarle vivir en Sevilla; pero el walí no quiso, embarcándose para el Africa en el momento de entregar la ciudad. Y hé aquí ya á Sevilla en poder de los cristianos.

*
*
*

124
la A
os hi
val
onar
monu
tos con detención. Y como yo
e di
quiero dejar en todo contentos á
e p
mis camaradas, daremos una bre
teme ojeada sobre ella. Empezare
mos por ocuparnos de su hermosa
l-Sa
catedral. Se halla situada al sud
e en
de la ciudad formando una man
o, y
zana grandiosa, rodeada de una
tect
dilatada lonja, y está dominada
tom
por la Giralda. Esta hermosa to
s ult
re, en la cual se destacan esos
hermosos adornos de estilo ara
besco, tiene una altura de 80 me
n id
tros. No se concibe mayor elegan
cia que la de sus ventanas, ricas
no
en ajimeces y adornos de delicada
ta
caraca que las flanquean. Una
a bi
media naranja corona el cuerpo
a de
superior, sobre la cual gira una
ó de
enorme veleta de bronce, cuyo
bou
peso no baja de 1,400 kilogramos.
posi
Fué construída el año 1000 de
l a
nuestra era por orden del califa
e la
Jacub, siendo uno de los más aca
ados modelos del estilo sarraceno
e de
de transición. Mucho tendríamos
que hablar acerca del interior de
ta de
la catedral, pero habrá necesidad
de dejarlo por temor de que nues
tro capítulo resulte algo largo.

En la capilla real se halla enterrado, en un sepulcro de plata, oro, bronce y cristal, el cadáver de su conquistador D. Fernando III. Pasemos ahora al Alcázar. Este fué construído el año 1182. Compónese de grandes patios, jardines, salones y pequeñas estancias á cual más bellas y galanas. La sorpresa que experimenta el viajero al visitarlos, es grande. Sus paredes parecen estar cubiertas de un maravilloso encaje de seda y oro; y su techo, con no menos profusión de adornos, puede competir con las paredes. El patio principal, llamado de *las Doncellas*, embaldosado de mármol, con sus galerías de columnas pareadas y con su deliciosa fuente en medio, es un modelo de elegancia y distinción. El salón de Embajadores, el patio de las Muñecas, la sala del Príncipe, el Oratorio, el dormitorio de D. Pedro, y un sin fin de estancias que dan á los patios, completan el efecto del maravilloso palacio. El



Un nido en un buzón

Alcázar y la Alhambra son los monumentos más preciosos y completos que ha dejado en nuestro suelo la arquitectura árabe.

* *

Todavía nos quedaría mucho que hablar acerca de la casa de Pilatos, San Telmo, el Hospital de la Sangre, el Archivo de las Indias, la Caridad, é innumerables de monumentos; pero, á fin de que nuestro capítulo no resulte demasiado largo y destruya la paciencia á mis camaradas, haremos aquí punto, después de dar un adiós y un viva á Sevilla, y despidiéndome hasta otra semana, que trasladaré á mis camaradas á Madrid.

A. CASAÑAL



Un nido en un buzón

AMALIO

Cuento infantil

(A MI QUERIDO HERMANO ENRIQUE)

I

QUERIDOS NIÑOS: voy á relataros un cuento, ó, mejor dicho, una historia, cuyo protagonista era, hace muchos años, un niño como vosotros, amable, simpático y adorado por todos cuantos le conocían, siendo un dechado de bondad y virtud, de ojos azules, rasgados y rubia cabellera, de ese rubio tornasolado que semeja rayos de oro.

Siempre fué el primero en el colegio y el estudio, siendo la admiración de sus profesores por su

aplicación, y envidia de sus compañeros por los halagos y deferencias de que era objeto por parte de aquéllos: en fin, era un modelo de niños, pues á más de las cualidades predichas reunía la más preciada del mundo, buen corazón, por lo que era incapaz de albergar en su tierno pecho la menor malicia.

Sus padres se mostraban orgullosos de poseer tal hijo, y le mimaban y acariciaban de esa manera inimitable que sólo los padres saben hacerlo.

Amalio, pues este es el nombre de nuestro protagonista, tenía un amigo llamado Antonio, el cual era discolo, frívolo y orgulloso. Era tan íntima su amistad, que siempre se les veía juntos, ya estudiando, ó bien solazándose con esos innumerables juegos infantiles por medio de los cuales adquieren elasticidad los miembros y desarrollo el cuerpo.

Los padres de Amalio veían con disgusto la constante unión de éste con

su amigo; pero, como adoraban tanto á su hijo, no quisieron disgustarle prohibiéndole la amistad con niño tan travieso. Sin embargo, con frecuencia le decían:

—Amalio, no te conviene mucho la amistad de Antonio, por ser algo malo; y con su ejemplo, á pesar de ser tú tan bueno, puede llegar un día en que sin saberlo sigas la senda por donde él te guíe, y lentamente, sin apercibirte de ello, irás rodando al abismo.

A esto el niño callaba, pero sus ojos se anegaban en lágrimas, su faz de ángel se tornaba triste, y entre lágrimas y suspiros contestaba:

—Mamá, tu dices que Antonio es malo y yo bueno: pues yo haré que él también lo sea. Porque ¿hay alguna razón para que yo siga sus malos pasos y él no siga los míos, que, según tú, son buenos?

Al oír esto la madre le besaba murmurando:

—¡Inocente! ¡Cree cosa fácil traer por buen camino al que desde la cuna se inclinó por el del vicio!

II

Habían trascurrido muchos años, cuando cierta tarde tuve precisión de ir al hospital á visitar un pobre anciano amigo mío.

El enfermero me condujo por una anchurosa sala en cuyo testero se veía una hilera de camas, ocupadas por los infelices que, á más de hallarse privados de salud, que es el don más valioso de la vida, se encuentran sin recursos para remediar sus dolencias.

Recorría con mi vista todos aquellos lechos de dolor, cuando al fijarme en uno me estremecí al ver en él un hombre, aun joven, en cuyo rostro se extendía esa palidez mate precursora de la muerte, su vista vidriada y sus labios hinchados por la fiebre, acusando un mal terrible de funesto desenlace y cuya causa era la miseria.

Consternado me acerqué al lecho, miré fijamente al que lo ocupaba, y con voz angustiosa murmuré:

—¡Amalio! ¿Tú aquí? ¿Qué es esto?

Él al oír aquel nombre asió mi mano con cariño, y, después de besarla derramando abundantes lágrimas, bajó la vista como avergonzado y me dijo:

—Gracias por haberse V. acercado á hablarme.

Aquel joven era, en efecto, Amalio, el niño de tan bellas dotes, y hoy se encontraba en el Hospital, próximo á sucumbir, desamparado de todos y llena su alma de torturas y remordimientos.

Y ¿cuál fué el motivo por el que se encontraba en tan triste situación? Las malas compañías, pues Antonio fué poco á poco infiltrando en el sano corazón de Amalio las ideas perversas que él tenía, haciéndole cómplice de sus acciones. Y, ya conseguido en parte su intento, le asoció á sus planes maquiavélicos, y, como acontece que una vez puesto en la cúspide del vicio se rueda vertiginosamente á su fondo, así el desgraciado Amalio se encontró, al cabo



Un nido en un buzón

de pocos años, tan criminal y perverso como su amigo, el cual, abandonado á sus padres, se hizo jugador, y, bajando cada día un escalón más en la degradación social, arrastró en su camino á Amalio; hasta que un día fueron sorprendidos en un garito de juego, siendo detenidos, llevados al gobierno civil y de allí á la cárcel.

Afectó tanto aquella deshonrosa mancha á Amalio, que, una vez recuperada la libertad y sintiéndose sin fuerzas y criminal, se dedicó á mendigar una limosna para poder vivir, pues sus antiguos vicios le repugnaban horrosamente.

A poco enfermó corporal y espiritualmente, debido á las privaciones, remordimientos, no teniendo otro remedio que acogerse á un hospital, en un asilo benéfico, última morada del pordiosero.

Tal fué la vida de Amalio, la cual narro lo mismo que él me la contó, para que vosotros, infelices inocentes, que no comprendéis las consecuencias de esas malas compañías, tengáis en Amalio una prueba, procurando no seguir la senda de aquel desdichado, y si los consejos de los padres, que nunca pueden perjudicar y si utilizan, rehuendo con todas vuestras fuerzas amistades de niños como Antonio.

ALEJANDRO LARRUBIERA CRESPO

Madrid 1888.



ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

Se hablaba, en el número anterior, de las más notables al par que útiles distracciones que la Exposición ha traído consigo; y, sin penetrar en su recinto, señalaba las que, instaladas fuera de él, mejor éxito han conseguido. Al entrar en ella por el gran arco levantado en el paseo de San Juan, lo primero que se encuentra es el Palacio de Bellas Artes, edificio de bonita construcción; mas, como si nos estuviese vedado hablar de algo que no sea de asuntos amenos y agradables, cátese que junto al mencionado palacio damos con dos instalaciones que llaman extraordinariamente la atención de los visitantes: son el panorama de Montserrat, y el globo cautivo.

En la posibilidad de que *Antoñito* os haya hablado de Montserrat, nada os diré de este bellissimo panorama; pero, por si no lo ha hecho, los que hayáis visitado alguna vez la celebrada montaña figuraos la mismísima realidad trasladada por arte de magia al parque de Barcelona; y los que no la conozcáis, con gran comodidad y sin ascensiones fatigosas podréis conocer ahora la perla de Cataluña.

Para ascensiones fáciles y rapidísimas las que practica el globo cautivo. De quince á veinte minutos emplea para subir y descender 300 metros, tiempo suficiente para contemplar las más hermosas y admirables perspectivas.

Su construcción es parecida á la de cuantos globos se han elevado hasta hoy; y aunque está construido con seda de un color especial, cuando se le contempla en su ascensión tiene la transparencia, el brillo y color de esas bombas de goma que son el juguete predilecto de los niños. Sujeta á su parte inferior, va la barquilla, de cómoda construcción, la cual queda amparada por medio de una red, sujeta asimismo al globo. El cable que sostiene á éste alcanza á más de 300 metros, y es, como podéis suponer, el factor principal en la aérea navegación. El globo se eleva siempre en presencia de infinidad de espectadores que contemplan regocijados su ascensión. El número de pasajeros está fijado en quince, si bien es verdad que algunas veces ha admitido hasta veinte. Al empezar la ascensión, más que elevarse, le parece al viajero que la tierra va hundiéndose á sus pies; súbitamente seres y objetos, cuanto le rodea, va achicándose; los innumerables palacios que se levantan en el Parque parecen juguetes primorosos; los jardines, brillantes manchas de colores; y la cascada, un diamante muy hermoso, pero muy pequeño: parece una gota de rocío cuajada y que el sol no haya conseguido evaporar. La ascensión prosigue, y todo va desapareciendo: las casas parecen peones de ajedrez, los campanarios de las iglesias y las chimeneas de las fábricas se distinguen como torres y alfiles; y en medio de ese achicamiento y disminución de los objetos queda algo que domina esa miniatura de gran ciudad: es Monjuich. Pero también poco á poco el coloso va perdiendo su grandeza, y, á medida que la ascensión prosigue, parece que el mar lo va borrando. Al igual que la fuente del León de Pedralbes, Monjuich tiene 140 metros de elevación sobre el nivel del mar; y como el globo sube hasta 300, sin ser ésta una elevación extraordinaria, es más que suficiente para dominar desde ella una grande extensión y contemplar una hermosa perspectiva. El que se elevaba cuando la última Exposición Universal de París, alcanzaba á 500 metros. Para emprender esta excursión entre el cielo y la tierra, aunque fuera también en globo cautivo, ya se necesitaba pensarlo nu



La excursión de Juanito

poquito más. Sin embargo, el val de los viajeros no quedaba sin el bido galardón, y á cuantos emprendían el aéreo viaje se les regalaba una bonita medalla de color de oro, sujeta en una cinta y encerrada en un elegante estuche, como recuerdo de la ascensión.

Cuando el globo consigue cierta altura, 200 ó 300 metros, la ilusión del viajero es completa; y, olvidándose de la red y del cable, casi se conoce héroe. ¡Cernerse en las mismas nubes! No consiguen tal dicto todos los mortales, en globo cautivos se entiende; que por otro medio, el burro por ejemplo, eminencias mucho más elevadas se pueden salvar. Montserrat y el Montseny son buen testimonio de ello. Desde el picacho del

alto de la famosa montaña de San Jerónimo, en días serenos, se domina desde las Baleares al Cabo de Creus. Millares de catalanes y extranjeros, ingleses particular-

mente, visitan todos los años estas celebradas eminencias; y en su excursión, atrevidísima como la que más, el único recuerdo exterior que conservan es algún cubierto de boj ó algún ramo de tomillo. Cuanto lo que se ve, ¡qué ha de verse cuando la Virgen se paró allí! Al dejar su celestrial no en Cataluña, que

dominar toda su tierra.

Sí: todo se ve y se domina desde San Jerónimo, el mágico mirador de Montserrat. Visto desde él, el globo que se eleva en el Parque y desde el cual tan maravillosas perspectivas dominamos, parecería un punto de color flotando en la inmensidad.

Si algún día los que hoy me leéis subís á la citada montaña, será la primera vez que os habréis creído realmente suspendidos entre el cielo y la tierra.—BENJAMÍN.



La excursión de Juanito

EL CAMPANARIO Y EL CUARTO BAJO

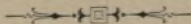
Un campanario dijo
á un cuarto bajo:
—Súbete aquí conmigo,
que estoy más alto.
Verás el brillo
que adquieres si te pones
junto conmigo.—

—Baja tú,—le contesta
prudente el cuarto;—
no sea que algún viento
te tire abajo.

Es más tranquilo
este sitio abrigado
donde yo vivo.—

No bien el cuarto dice
estas palabras,
cuando á la torre un viento
hace que caiga.
*Así los altos
cuando menos lo piensan
vienen abajo.*

CLOTILDE AURORA PRÍNCIPE



* NUESTROS GRABADOS *

LA CULEBRA Y EL GATO

Tres niños, dos hermanos y su hermana, jugaban sin temor alguno con una pequeña culebra sujeta con un cordón, y que apenas tenía la longitud de un cuchillo de mesa.

Algunas personas creen que todas las culebras son animales temibles: cierto que algunas ocasionan mucho daño, y hasta la muerte, porque son muy venenosas; pero hay otras del todo inofensivas. Los tres niños ignoraban esto.

En su consecuencia, divertíanse mucho con el reptil, que en vano pugnaba por escaparse; y cuando más entretenidos estaban, acercóse el gato, curioso sin duda por saber que animal era aquél. Al ver la pequeña culebra, erizó el pelaje y levantó la pata, mostrando las uñas; mientras que el reptil abrió la boca cuanto le era posible, agitando la lengua, lo cual pareció atemorizar un poco al gato.

Al fin llegó el aya de los niños y puso fin á su entretenimiento, obligándoles á dejar al reptil, que no le pareció un juguete propio para aquéllos.

UN NIDO EN UN BUZÓN

A la puerta de casa se había colocado el buzón de la correspondencia, pues el cartero no quería entrar en el patio por haber allí un perro muy grande que le infundía temor.

El verano pasado dos avecillas se introdujeron en el cajón por un agujero; y conviniéndoles, al parecer, aquel lugar, fabricaron su nido.

La hembra puso cinco huevecillos. El cartero siguió echando allí la correspondencia, y nada se supo por el pronto; pero, á los pocos días, mi mamá, mi hermana y yo estábamos enterados de lo que pasaba, é íbamos todos los días á observar á las avecillas.

El macho no entraba nunca en la caja cuando nos veía; mas cuando nos retirábamos introducíase precipitadamente en el interior. Creímos que las cartas y los diarios les sofocarían al fin; mas no sucedió así, y los hijuelos crecieron muy bien.

Cierto día puse algunas migas de pan en el nido, creyendo que les agradaría comerlas; y sorprendíame mucho ver que la hembra se apresuró á retirar todas las migas una por una hasta que hubo desaparecido la última. Yo había visto otros muchachos echar migas de pan á los pajarillos, y por esto lo hice yo; pero sin duda no era este alimento conveniente para los que estaban en el buzón. Durante varias semanas los vigilé, y pude asegurarme de que crecían.

Mi mamá y yo deseábamos ver cómo la hembra enseñaba á sus hijuelos á volar; pero cierto día encontramos el nido vacío, y nunca pudimos distinguir á nuestras avecillas de las demás que frecuentaban el patio. Yo saqué el nido de la caja, y lo guardé todo el invierno, esperando que las aves volvieran al año siguiente.

Llegada la primavera, vigilé con mucha atención, y tuve el gusto de ver á mis alados huéspedes que se introdujeron de nuevo en la caja y construyeron otro nido. Esta vez lo hicieron mejor: rellenáronlo de cerdas de caballo, y formaron un blando lecho para la progenie.

Terminada esta operación, la hembra puso cinco huevos, y esto me complació mucho; pero cierto día observé que faltaba uno, á la mañana siguiente había desaparecido otro, y al fin sólo quedó uno.

Pronto supimos que unos perversos muchachos, habiendo descubierto el nido, robaban los huevos; y cuando se hubieron llevado el último, todos tuvimos mucho sentimiento, pensando que no volveríamos á ver más á las aves; mas no fué así. Hicieron pedazos su nido y fabricaron uno nuevo en otro ángulo. La hembra puso cuatro huevos más; y, como de éstos desaparecieron dos, mi papá cerró bien la caja.

Temí que la hembra huiría espantada; mas tuvimos el gusto de verla después en su puesto, y más tarde salieron á luz dos hijuelos, que abrían mucho la boca cuando levantábamos la caja.

LA EXCURSIÓN DE JUANITO

Era una mañana de invierno, en que el sol brillaba, y Juanito, sintiéndose lleno de vida, fué en busca de su trineo para emprender una excursión por el campo.

El camino estaba bastante llano, y el chico quiso trepar por una colina para descender luego con toda la velocidad posible. Sin embargo, no tardó en cansarse, y parecióle mejor volver á su casa; mas en aquel momento llegó su hermano Alberto montado en el caballo de su padre.

—Espérate un minuto,—le gritó Juanito,—porque quiero correr un poco.

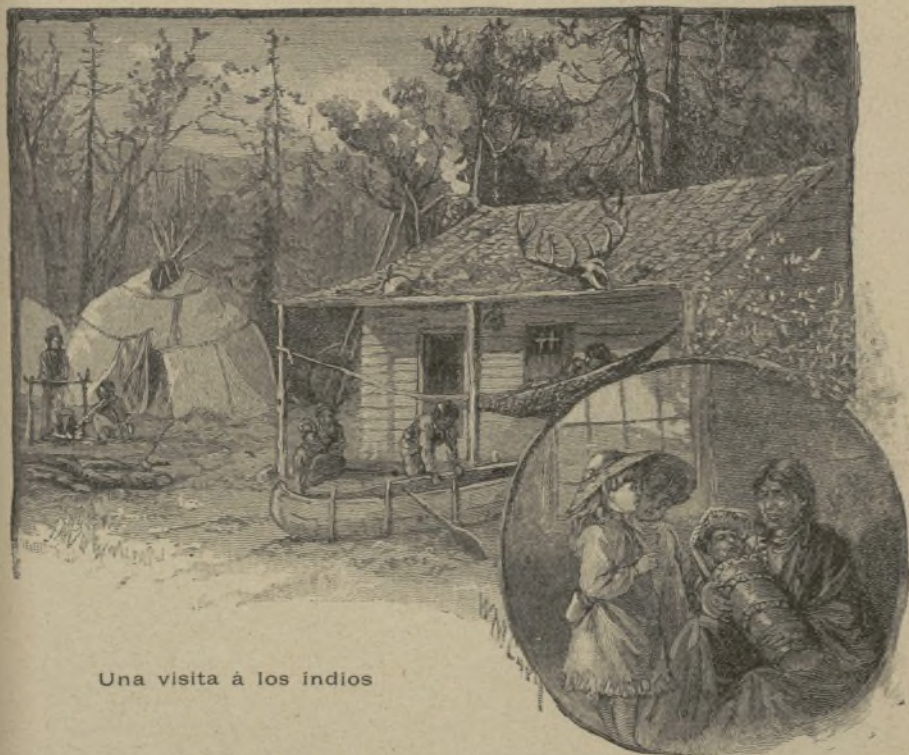
—¿Cómo has de hacerlo?—replicó Alberto.—¿No comprendes que iremos mal los dos en el caballo?

—No quiero yo montar.

—Pues ¿qué deseas entonces?—preguntó Alberto.

—Espérate un minuto y lo verás.

El hermano detuvo su montura; y entonces Juanito acercó su trineo á la cola del caballo, sentóse á su gusto en el tablón, y, cogiendo aquélla, dijo á su hermano que arreara.



Una visita á los indios

—¡No hagas eso!—exclamó Alberto;—porque el animal no te llevará así hasta la casa, sin contar que podría descargarte un par de coces.

—Nada temas,—repuso Juanito sonriendo,—pues el pobre cuadrúpedo no tiene ya suficiente fuerza para cocear. Avanza sin cuidado, que yo no tengo el menor miedo.

Alberto arreó su cabalgadura; pero cuando el cuadrúpedo sintió que le tiraban de la cola, detúvose de pronto. Castigado de nuevo, avanzó algunos pasos más y se paró otra vez, sin querer andar más. Juanito cogió entonces una piedra y arrojóla al caballo, que al sentir el golpe dió un salto, descargando un vigoroso par de coces contra y Juanito partiendo después al trote. Las herraduras chocaron contra el trineo; pero la sacudida hizo saltar á Juanito, que rodó por la nieve. Por fortuna los pies del caballo no le tocaron la cabeza; pues, á no ser por esto, el golpe hubiera sido terrible. Cuando Juanito reflexionó solo el incidente, pudo comprender que había cometido una imprudencia, y esto le demostró que no se debe abusar de los animales, por pacientes que sean.

UNA VISITA Á LOS INDIOS

Alicia y Matilde experimentaron el deseo de ver algunas casas de indios. Su padre se apresuró á complacerlas; y, aunque era preciso recorrer una distancia bastante larga, condujolas al sitio en que les sería dado satisfacer su curiosidad. Los indios que habitaban en el país no eran salvajes como los de las lejanas regiones del

oeste, pues todos vivían en la Reserva. Cada una de sus casas tenía una sola habitación, y enfrente de



Juan el indio

ésta una especie de portal muy grande, tanto como la vivienda propia antedicha, y el suelo era la tierra desnuda. Cerca de cada casa había una cabaña construida con corteza de árbol.

y allí era donde los indios preferían siempre estar. Tenían hamacas colgadas del techo, y en ellas dormían cómodamente.

Las dos niñas temieron al principio hablar con aquella gente; pero, dominadas al fin por su curiosidad, entraron en las casas y en las cabañas.

En la segunda que visitaron vieron un niño durmiendo en una hamaca. Sólo tenía unos dos años, y era de color cobrizo. Una india les enseñó otro más pequeño aún, y éste les llamó la atención porque tenía sujeta alrededor de la cabeza una correa con unas pequeñas campanillas; de modo que, cuando la criatura se movía de un lado á otro, aquéllas resonaban al punto. Alicia y Matilde preguntaron si se les permitiría llevarse aquel niño; pero la india contestó con una carcajada, diciendo que era su hijo y que no lo daría por nada del mundo.

Las niñas le compraron unos lazos para adornarse la cabeza y como recuerdo de su visita á los indios.

JUAN EL INDIO

Juan era un muchacho indio. Su nombre era muy largo y difícil de pronunciar; y por esto, cuando ingresó en la escuela establecida para educar á los hijos de esta raza, el maestro le dió el nombre de Juan.

En la escuela se contaban unos veinticuatro chicos, y todos ellos tenían nombres ingleses para mayor conveniencia de los maestros; mas para la familia conservaban los suyos propios.

Juan tenía catorce años, y ya comenzaba á silabear y sabía en parte su



Juan el indio

tabla de multiplicación; pero aun no podía escribir su nombre: bien es verdad que hacía muy poco tiempo que estaba en la escuela.

Juan no era torpe, y esto se conocía desde luego por la mirada inteligente de sus negros ojos. Sabía hacer muchas cosas de que no hubieran sido capaces los que estaban más adelantados que él en cuestión de libros.

Corría y saltaba de una manera que habría cansado muy pronto á cualquiera que no fuese indio, construía ingeniosos lazos para apoderarse de los animales más astutos, y sabía montar un caballo sin brida y sin silla, echándose de lado de tal modo que no se le viese: también tiraba perfectamente con escopeta ó carabina, y manejaba el arco con mucha destreza. Esta última arma era la que le agradaba más, porque clavaba una flecha donde fijaba la vista y podía cazar toda clase de animales. Tenía muy desarrollados todos los sentidos, y percibía el más leve rumor á larga distancia.

Antes de ingresar en la escuela había vivido siempre en una cabaña, sin hacer otra cosa más que cazar, pescar y montar á caballo; pero ahora sólo desea aprender é instruirse como los blancos.

RAMONCITO ENCIENDE UN FÓSFORO

Al niño Ramón le había dicho su mamá que nunca encendiera fósforos; pero él era amigo de hacer probaturas, y cuando veía á los hombres sacar una cajita del bolsillo, y de ella un fósforo, frotar la cabeza de éste á un lado y producir una pequeña llama, preguntábase por qué no había de hacer él lo mismo.

—No se queman nunca,—pensó Ramón.—Yo tengo ya cuatro años, y me parece que es lo bastante para poder hacer yo una cosa tan sencilla.

Así, pues, cierto día, cuando su mamá estaba en otra habitación, el niño corrió á la cocina, apoderóse de una caja de fósforos y se escondió detrás de la puerta.

Un momento después, la mamá oyó un grito, y vió á Ramón que corría hacia ella tosiendo y llorando.

Había encendido el fósforo muy cerca de la cara, y el humo del azufre se introdujo en su boca.

La mamá reprendió á su hijo, aunque cariñosamente, y desde aquel día Ramón se quiso ya encender más fósforos.



LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

—Sois un guapo y excelente joven,—le decía un día el Sr. Barlow,—y no me sorprende en manera alguna el afecto que le tenéis á vuestro padre, que os ha inspirado los sentimientos que demostráis y los principios que os sirven de regla de conducta. Pero ¡qué vergüenza que un padre así se encuentre en una casa de caridad! Decís que no quiere consentir en servir de carga á ninguno de vosotros y que se niega á recibir ningún auxilio de sus propios hijos. Es un honroso orgullo, propio de un buen colono, y por eso no le censuro. Pero, mi querido Francisco: decidle á vuestro padre que puede recibir los socorros de vuestro amigo con igual franqueza que los vuestros. Tenéis en mi casa un crédito de quinientas libras esterlinas que haréis efectivo cuando gustéis... No me deis gracias, caballero, pues os debo la mitad de ese dinero por los servicios que me habéis prestado como pasante en mi bufete, y la otra mitad me queda suficientemente garantizada por vuestra aptitud y vuestros futuros triunfos en los negocios. Podréis pagarme en uno ó dos años. Así me

me debéis ninguna obligación. Y aun aceptaré un pagaré por la mitad de la suma si esto puede satisfacer vuestro orgullo y el de vuestro padre.

La manera como se le hizo esta proposición enterneció el corazón de Francisco. Era demasiado sensible para no sentirse conmovido por tanta bondad; y así iba á expresar en los más vivos términos toda su gratitud, cuando el Sr. Barlow le interrumpió diciendo:

—Vaya, vaya: ¿á qué perder el tiempo hablando de sensiblerías cuando tenemos que emborronar papel sellado? Hé aquí un trabajo que exige alguna diligencia: unos capítulos matrimoniales que despachar. ¿Adivinaríais de quién?

Francisco pasó revista, aunque en vano, á todos los partidos de Monmouth; por lo cual quedó muy sorprendido cuando se le dijo que el novio era el joven Sr. Folingsby, que tan ardentemente se había prendado de Fanny dos meses antes. Francisco procedió á extender el contrato.

Mientras escribía con su principal, fueron interrumpidos por la llegada del Sr. Josiah Crumper, que venía á anunciar al notario el fallecimiento de la Sra. Crumper, y á requerir su asistencia para la apertura del testamento. La pobre señora había ido tirando mucho más tiempo de lo que se creía; y durante toda su enfermedad, Paulina, con una dulzura inagotable de carácter, había soportado todos sus caprichos y malos tratamientos. Los que suponían que obraba por interés creían que había empleado todo su imperio sobre el ánimo de su señora en beneficio propio: estaban ciertos de que le había dejado una gran parte de su fortuna. Los parientes de la Sra. Crumper estaban de tal manera persuadidos de ello que, cuando se encontraron reunidos para oír la lectura del testamento por ministerio del Sr. Barlow, decíanse uno á otro al terminar:

—Pasaremos por sobre el testamento: lo impugnaremos ante los tribunales. La Sra. Crumper no estaba en sus cabales facultades cuando ha hecho este acto de su última voluntad: había tenido dos ataques de parálisis, como es fácil de probar. Pasaremos por sobre el testamento.

El Sr. Josiah Crumper no formaba parte de los que murmuraban: manteníase aparte, apoyado en su bastón, y guardaba silencio.

El Sr. Barlow rompió los sellos del testamento, abriólo y lo leyó á aquellas gentes ávidas; pero ¡cuál no sería su sorpresa al encontrarse con que toda la fortuna de la Sra. Crumper pasaba al Sr. Josiah Crumper! Los motivos de este legado estaban formulados en estos términos:

«Siendo el Sr. Josiah Crumper la única persona de mi familia que no me haya atormentado nunca por mi dinero desde que estoy en el lecho del dolor, le lego todos mis bienes y confío en su lealtad para asegurar un porvenir decoroso á la excelente Paulina Frankland, respecto á la cual conoce mis intenciones. Sólo cediendo á los deseos de esa joven, no le he dejado nada, legándole simplemente cincuenta guineas para que atienda á las necesidades de su padre.»

El Sr. Josiah Crumper fué el único que escuchó sin conmovirse la lectura de las últimas voluntades de su parienta. Todos los demás mostrábanse ruidosos en sus lamentos ó hipócritas en sus felicitaciones. Sin embargo, nadie pensaba ahora en *impugnar el testamento*. Todas las formas legales habían sido observadas con una precisión técnica que no dejaba ninguna probabilidad de triunfo á un litigio.

Al punto que el tumulto causado por el desengaño general quedó algo apaciguado, el Sr. Crumper se levantó, y, contando con su bastón las personas presentes, dijo:

(Se continuará)

SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Adivinanza

El marqués de Villena.

Fuga de consonantes

Para casar á la Sara,

la mamá saca la bata

á la Sara, mas la chata

raja á la Sara la cara.

y alza la chata la pata.

Charada

Ca-lígula

Ra-més

Cas-telar

Caracas

* CHARADAS *



Ramoncito enciende un fósforo

De seguro *prima tres*
en tu casa la tendrás:
la *primera* con la *dos*
en las costas hallarás.
Los *tercera* con la *cuatro*
en el mapa los verás;
y mi *todo*... ¿á qué decirlo?
has de buscarlo en el mar.

JOSÉ MAS Y DEL RIBERO

La *primera* y la *segunda*
en la escala musical,
y en la *tercera* y *primera*
las avejillas están.
La *cuarta* del alfabeto
es letra particular,
y antepuesta mi *segunda*
me produce un mineral.
En el *todo* ves el nombre
de mi querida mamá.

VICTORIA P. HEMELGO

¡No estás poco *prima cuarta*,
porque esta *prima dos* *tercia*
no te regala mi *todo*,
el premio que tú deseas!

Mi *primera* repetida,
es muy *segunda* con *dos*,
porque *tercia* en la manía
de hacer del *todo* un montón.
Mi *todo* tienes delante:
¿lo adivinaste, lector?

MANUEL LUIS VICIOSO

—¿Contemplas mi *primera* y mi *segunda*?
—*Tercera*, estoy mirando aquella casa:
si fuese *cuarta* y *quinta*, hace ya tiempo
que estaría en el suelo derribada.
—Cref que dedicándote á mi *todo*
querías obtener dinero y fama.

CAPS

— Las soluciones en el número próximo —

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.